

porque ha concebido odio por los hombres y las cosas de su país, y no sabe ocultar ni aun á los extranjeros ese desnaturalizado afecto. ¿Qué nos diría ese misántropo, si en vez de un instante estuviésemos con él algunas horas? ¿Cómo podrá el viajero que observa someramente las costumbres y las instituciones de un país, recoger acerca de cualquiera materia las noticias indispensables para tranquilizar su conciencia? El modo de avalorarlas dependerá muchas veces del primer interlocutor alegre ó misántropo que le habrá deparado la suerte; y no carga luego con una gran responsabilidad, si narra, fundándose en datos que no pueden apoyarse en un exámen personal y desinteresado? En medio de tales pensamientos que herian mortalmente nuestras ilusiones y que nos aconsejaban mucha precaución para escribir este viaje, observábamos también que las personas con quienes hablamos aquel primer día, habían procurado dar á sus conversaciones, un giro que lisonjeara la fibra nacional tan irritable en nosotros, según dicen. El capitán, el judío de Theben y el melancólico teniente de la ciudadela, han sabido encontrar las fórmulas de cortesanía que son el matiz más delicado de la hospitalidad, y consisten en hablar á los huéspedes del asunto que se supone debe halagarlos. Así, todas esas alusio-

nes á Napoleon y á su época, que debían sorprendernos en un país oprimido en otro tiempo por sus armas, no eran visiblemente sino una especie de benevolencia para con nosotros, y que debemos agradecer á las costumbres suaves y acomodaticias de los pueblos austriacos.

“Al volver á la ciudad por otro arrabal que nos ha parecido particularmente destinado en ese día de domingo, á las diversiones de la tropa, hemos admirado, más de una vez, el continente marcial, el despejo y la excelente disposición de la infantería húngara, cuyo uniforme es en alto grado elegante. Consiste en casaca blanca con faldon corto, pantalon ajustado, de azul celeste, adornado con trenzas amarillas y negras, borceguíes que dibujan la parte inferior de la pierna, y un morrion á la vez cómodo y defensivo. Este traje, llevado por hombres generalmente muy bien formados, es uno de los más sencillos y graciosos uniformes que pueden inventarse para la infantería. La ciudad de Presburgo que recorrimos entonces en el sentido más largo, nos pareció medianamente poblada; las calles son ventiladas y espaciosas, aunque poco regulares, las casas modernas tienen bastante buena apariencia, si bien están fabricadas con materiales muy ligeros. Vimos el teatro, sólido edificio en que hay

una inscripcion latina de las mas largas que pueden imaginarse, lo cual naturalmente retrae de leerla. En ese dia no se daba funcion, pero un polichinela italiano habia preparado su ambulante escena bajo el peristilo de Talía.

“Un corto número de espectadores prestaban atencion poco fija al drama inmortal, aunque un poco manoseado, del jorobado napolitano. *Povero Signor Pulcinella*: ¡á qué clase de personas se dirigial ¡para qué oídos prodigaba los tesoros de su sarcasmo, las risotadas fisgonas y el burlesco lenguaje de los *lazzaroni*! Los graves húngaros que se paraban delante de él parecian tomarlo por un loco, y la mayor parte seguian el camino arrojando de la pipa una desdeñosa bocanada de humo.

“Al acercarnos al puente de barcas echado sobre el Danubio, comenzamos á comprender por qué habiamos encontrado casi desierta la parte mas hermosa de la ciudad. En efecto, dirigíanse á la vez á Presburgo muchísimas personas á pié y no pocos y lindísimos carruajes. Esa multitud ocupaba todo el puente y las calles de un paseo inmediato, de suerte que nosotros, únicos que íbamos contra la corriente, apenas lográbamos abrirnos paso. Esa reunion de buen tono salia de un teatro al aire libre,

y que es una hermosa sala en hemicyclo, cuyo telon acababa de caer. Ese local ha conservado el nombre de *Arena*, que tienen en Italia todos los teatros de su clase. Cuando hubimos dado una vuelta por el paseo que se iba quedando solo, pensamos que esa desercion significativa, atendidas las arregladas costumbres del pais, no debia ser un aviso estéril para viajeros que casi nada habian comido en veinticuatro horas. Volvímonos, pues, al *Sol de oro*, y esta vez el huésped mas amable, nos introdujo en una grande sala, en que producian no escaso estruendo las voces de los comensales y la inarmónica música de una cuadrilla de gitanos.

“Otro patron nos habia alquilado para conducirnos á Pesth, en 36 horas, su pequeño y chato barco, en que nada mas cabia que nuestras personas y nuestro equipaje. Las dos partes nos habiamos dado palabra de estar dispuestos á las tres de la madrugada, y nosotros fuimos puntuales sin acordarnos de que tan cerca de la frontera no podian estar en completo desuso las costumbres alemanas: así fué, que habiamos tenido tiempo para construir encima de nuestro frágil buque una cabaña de estera, cuando el patron y un compañero suyo llegaron tranquilamente nada menos que á las cinco. Dejamos la ribera de Presburgo al pié de una espe-

cie de tribuna guarnecida de balaustres, que se llama Koenigsberg. Puesto en la cumbre de esta eminencia, armado de punta en blanco y montado á caballo cada nuevo rey de Hungría á su advenimiento al trono, blande hácia los cuatro puntos cardinales la espada de S. Estéban.

“Muy luego Presburgo y su castillo se dibujaban á lo lejos sobre un cielo nebuloso, efecto que tan bien saben representar los dibujantes ingleses: el Danubio alborotado por un fresco viento del Este, agitaba nuestra barquilla que la corriente y los esfuerzos de dos largos palos de virar arrastraban aceleradamente. Mas abajo de Presburgo el rio corre entre dos márgenes agrestes. Nosotros seguimos el mas ancho de sus ramales que lame por la parte meridional la isla de Schutt, una de las mejores islas pluviales de Europa, como que tiene doce leguas de longitud y siete de anchura. Por todas partes el pais es llano, y está inhabitado y uniformemente cubierto de sauces y espinos.

“Al ver esa soledad tan completa, es difícil convencerse de que todavía se halla uno en Europa y en medio de un territorio rico en ciudades populosas. El abandono de esa tierra es tan grande, que los mismos animales parecen ignorar con cuántos peligros los amenaza la presencia del hombre:

así es que desde la márgen, las bandadas de garzas reales y de filocrócoras con la confianza mas tranquila nos miraban pasar cerca de ellas, y quizás oíamos el áspero grito de la paviota que le trasladaba á uno en la imaginacion á los arrecifes del Océano. Otras veces, numerosos rebaños errantes y sin dueño, se detenian á contemplar nuestra barca: pero á lo mejor retumbaba el desierto con extraño tumulto, debido á una de esas casas flotantes, cuya descripcion hemos hecho, y que remontaba el rio, tirada por cincuenta caballos, que de isla en isla y de vado en vado arrastraban á duras penas esa máquina pesada. Cada caballo lleva un hombre, y los caballeros de ese escuadron náutico, ya sumergidos hasta la cintura, ya imprimiendo en la movediza arena sus oblícuas y profundas huellas, no cesan de arrojar horribles aullidos, á los cuales contesta con gritos igualmente roncós, la muchedumbre que llena la cubierta del gran buque. Es verdaderamente un espectáculo rarísimo esa masa de marineros fangosos y semisalvajes, cuyos negros rostros se ocultan entre un bosque de largos cabellos, ó bajo la sombra de un inmenso y chato sombrero. Encontrábamos en ellos, con un carácter mas decidido y mayor holgura en el traje, el marcado tipo de la raza bajo-bretona. Algunas veces descu-

briamos tambien molinos flotantes que desde los corpulentos árboles de la márgen á que están sólidamente amarrados, vienen á buscar sesgueando el lecho de una corriente mas rápida. Los solitarios huéspedes de esas riberas que nos interesaron de veras, son los que sacan pepitas de oro de entre las arenas: dispersos por las islas ó por los arenales aislados, esos infelices recogen, lavando las arenas del Danubio, las partículas de oro acarreadas por las aguas. Sobre un plano inclinado, cubierto con un fieltro ó con un lienzo grosero, se hace deslizar constantemente agua que ha pasado al traves de una porcion de arena y cascajo amontonados sobre un zarzo en la parte superior de la máquina, y de este modo las pepitas microscópicas de aquel precioso metal se detienen en el tejido. Nos llegamos á mirar de cerca á esas buenas gentes, que con el solo abrigo de su vasto sombrero se dedicaban á ese interminable trabajo: mas ninguno de ellos pudo decirnos una palabra ni comprender una sola de nuestras preguntas relativas á su monótona industria. El patron de la barca nos ha asegurado que esos hombres, trabajando todo el dia, espuestos á la inclemencia, con dificultad llegan á ganar diariamente unos tres reales de España.

“Érase el patron hombre de muy buen humor, y

que conocia, cual experimentado piloto, todos los pasos que abrevian el camino; y tambien él, como si eso fuera una apuesta, hubo de decirnos algo de Napoleon. Habia servido al grande hombre en calidad de aliado, y en un regimiento de dragones de veintiocho años atras: y de aquella gloriosa faz de su vida el bravo caballero, hoy marino, habia conservado una sola frase en frances, que nos espetaba á cada instante. Su vocabulario entero estaba reducido á estas palabras: *Adieu, mon bon ami.*

“Desembarcamos al pié de un antiguo monasterio que sirve de posada al pueblo de Kezis. La sala principal estaba ya ocupada por algunos grupos de comensales, casi todos labradores, que tienen en ese pais tan arrogante talle como tosca fisonomía. La costumbre de afeitarse las sienes hasta mucha altura dá á sus cabezas un aire estraño y bastante desacordado. Los cabellos muy cortos en la parte anterior de la cabeza, conservan toda su longitud en la posterior y flotan sobre sus espaldas. Un traje de tela grosera, ceñido con una anchísima tira de cuero, duro como un palo, las enormes botas de cuero crudo, el vasto sombrero nacional puesto con un aire particular, y una apostura algo envarada, son los principales rasgos de la clase popular del pais. Un jóven con marcada apariencia de eclesiás-

tico, y que comia separado de los demas, vino á preguntarnos cortesmente si podia servirnos en algo; y el bastardo latin del Bajo imperio de que hizo uso para hablarnos, se prestaba con facilidad á la espresion de las ideas mas vulgares. Contónos, entre otras cosas, que todos los compatriotas suyos que han estudiado algo, se sirven como por hábito de la lengua latina, la cual, en Hungría, continúa siendo la predilecta de oficio y para la ciencia. A fin de responder á nuestro amable interlocutor, más de una vez hubimos de echar mano de barbarismos hijos de la urgencia; lo cual, sin embargo, no hizo desmayar la conversacion por una ni otra parte. El ajuar de la sala comun en donde estábamos, consistia en mesas y bancos de madera, sin mas adornos que algunas malísimas estampas sacadas del modelo de nuestra historia verdadera del Judío Errante, circuidas de leyendas húngaras y pegadas á la pared, en compañía de un cartel-prospecto del periódico frances *La Europa literaria*, el cual, sin duda, debia esa honra á su elegante florón. Uno de los ángulos de la sala estaba ocupado por un molino para chafar la sal, que no es sino la antigua muela usada por los romanos, y que se encuentra hoy dia entre los árabes. Las puertas, abiertas para todo el mundo, franqueaban la entrada á creci-

do número de mendigos y de asquerosos estropeados, cuyas importunas vocinglerías vinieron á turbar nuestra frugal comida. Bien pronto entraron tres mujeres alemanas, cuyos trajes indicaban muy á las claras trovadores á pié, con el arpa y la guitarra en aspa. Una entre ellas era jóven y de fisonomía interesante, y todas tenian una apostura decente cual suele encontrarse en Alemania, en donde esta clase de talento nómade no es siempre una capa que oculta al mendigo. Los cantos de esas pobres mujeres indicaban mucho mas conocimiento de lo que uno tiene derecho de exigir de artistas de plaza pública. Cuando volvimos á entrar en nuestra barca comprendimos que el ex-dragon, nuestro Palinuro, trataba de pedirnos un favor, y era que concediéramos pasaje á las tres cantoras que eran hermanas, y se trasladaban á Pesth. No pudimos negar este auxilio á las bellas artes, que con harta frecuencia van á pié; y nuestro viaje se continuó al concierto de las baladas nacionales.

“Hacia la tarde nos detuvo un momento la ciudad de Komorn, en húngaro *Komaron*, capital del condado de este nombre, y puesta en el punto en que el Donau-Waag y el Neutra desembocan en el Danubio. Defienden la ciudad y los caminos forti-

ficaciones muy grandes y de fábrica moderna, y todo indica que esta posición debe ser de suma importancia estratégica, y que la ciudadela de Komorn merece la grande fama de que goza entre los militares.

“El breve alto de un cuarto de hora solo nos ha permitido visitar una iglesia bastante buena, dedicada á S. Andres, y una de las cinco en que se celebra el culto católico. Otros tres templos pertenecen á las demas religiones toleradas en Komorn, que tiene doce mil habitantes. Los espaciosos malecones y las casas de buena apariencia que hemos visto, anuncian que el bienestar es común en ese país. Entretanto cerraba la noche y el cielo hacia presagiar una próxima borrasca, por lo cual no ha sido posible que formáramos exacto juicio ni del aspecto ni del movimiento de la población.

“Con la oscuridad arreció el viento, llovió en gruesas gotas, y el Danubio se fué alborotando hasta agitar crudamente nuestro frágil buque, cuyo fondo plano era muy poco á propósito para un tiempo duro. Las márgenes estaban tan distantes que navegábamos como en un grande lago; y por otra parte, vinieron á dejarnos completamente aislados profundísimas tinieblas, sin tener otro abrigo que una miserable esterilla de cuatro piés, bajo la cual

se habian refugiado nuestras temblorosas pasajeras. Nos quedaba el único partido de acelerar por todos los medios imaginables la nocturna marcha, y todos auxiliamos por turno á los barqueros ya fatigados por diez horas de trabajo. Aturdidos por el ruido del viento y calados por la lluvia llegamos á tierra sin notarlo, gracias á la oscuridad absoluta. La experiencia de nuestro piloto nos habia conducido á buen puerto en una pequeña ensenada de la margen derecha, desde donde fuimos á tientas á llamar á una posada cercana, en la cual de pronto nos contestaron matando la luz: mas al cabo de algunas conferencias acabaron por abrirnos: en poco tiempo la huésped y sus activas criadas encendieron buena lumbre, si bien en cuanto á la cena, siguiendo el ejemplo de los héroes de Homero, quizás mas entendidos pero no mas hambrientos que nosotros, los mejores cocineros de entre la comitiva hubieron de poner mano en el negocio.

“Algunas horas de descanso en esa posada, que pertenece al pueblo de Hohenmarch, habian reparado las fatigas de nuestra tempestad danubiana; y cuando se alzó el sol del 4 de Julio, vogábamos ya hácia Gran, que se dibujaba al pié de las bellas líneas de los montes de Matra. No tardamos en dejar detras de nosotros Netzmühl y sus ricos viñe-

dos, propiedad de los condes de Zichy y de Eszterhazy, como tambien los confines del palatinado de Komorn, y saludamos una nueva provincia y un nuevo é imponente paisaje.

“El rio Gran viene del Norte á unir sus aguas con el Danubio, al pié mismo de aquellos montes que habiamos visto por tanto tiempo sin alcanzarlos: y desde allí el rio, más veloz, corre por el angosto lecho que él mismo se ha abierto á traves de aquella cordillera verde y cubierta de pintorescas ruinas. Antes de llegar á ese reducido canal habiamos desembarcado en Gran, el *Esztergom* de los húngaros, que está situado en la márgen derecha del Danubio, en un agradabilísimo valle. Gran, capital del palatinado, y por mucho tiempo residencia de los reyes de Hungría, fué varias veces presa de los turcos, enemigos encarnizados de esos amenos territorios; pero siempre fué la predilecta de los grandes dignatarios eclesiásticos, quienes arrojados por la invasion, devolvian á su recinto, pasada la tempestad, las pompas y la grandeza de un arzobispado que data del siglo undécimo y del martirio de S. Estéban.

“En la cumbre de la montaña que domina la ciudad y en el terreno de su antigua ciudadela, el príncipe Alejandro de Rudnay, devoto primado, ha eri-

gido los suntuosos edificios que son la joya de la antigua sede de la diócesis. Un palacio para el arzobispo, otro para el cabildo y un vasto seminario, dominan el valle: mas lo que dignamente corona esa santa colina, por tantos años musulmana, es una gigantesca y magnífica iglesia que no está por desgracia terminada. Esa vasta basílica, construida en forma de cruz griega, está fabricada de ladrillos, pero revestida de planchas de granito y de pórfido de singular hermosura. Defendida hoy por un techo provisional debe estar cubierta por una cúpula que rematará cual corresponde al monumento mas grandioso que puede hallarse en esos países. Y sin embargo, en el estado actual y aun antes de concluirse, esa infeliz iglesia se ve tratada cual se tratan con harta frecuencia nuestros antiguos monumentos góticos. El innoble revoque amarillo, abominable disfraz, capaz de afear las mas ricas piedras, cubre ya sus nacientes paredes, y las esculturas han sido víctimas de ese infame color blanquizco que ni siquiera ha respetado el palacio imperial de Viena.

“Despues de echar una ojeada á la hermosa perspectiva del contorno, á las montañas, á la ciudad y al rio, hemos continuado la marcha sin olvidar á nuestras artistas viajeras, las cuales durante nues-

tra visita á la ciudadela habian oido misa en una linda capilla inmediata al rio.

“A poco rato hemos visto Wisegrad. En el siglo duodécimo, en que los soberanos húngaros residian en Gran, Wisegrad tenia magníficos jardines, ricos palacios y baños voluptuosos para recreo de los monarcas, y aun hoy es una ciudad bella dentro de su circuito de ruinas y á pesar de los escombros de sus almenados muros, restos de una magnificencia destruida por la bárbara mano de los turcos. La encantadora posicion que el antiguo palacio ocupaba en medio de esos amenos sitios, nos ha hecho adivinar la etimología de Wisegrad, que hemos hallado en las dos palabras *visus gratus*, nombre que se aplica con frecuencia en nuestros dias, y en muchos países de Europa, bajo la forma moderna de Bellavista.

“Despues de bañar toda esa amena comarca el Danubio, continúa su curso entre prados y se divide para abarcar la hermosa isla de S. Andres, tan poblada de viñas como de quintas de recreo. Pasamos por delante de Waitzen, ciudad que tiene una catedral soberbia, y cuyo gran número de campanarios indica una poblacion crecida, como la horca patibularia que se levanta cerca de sus puertas, esplica que es sede de un tribunal superior. Merced á

nuestra navegacion rápida, pudimos entrever apenas S. Andres, Donawetz, Abt-ofen, y los tan famosos sitios de la isla de las Liebres.

“Nuestro patron cumplió su palabra, de suerte, que en el momento en que espiraba la trigésimasesta hora llegamos, sorprendidos y maravillados á un tiempo, en medio de aquel animado y majestuoso panorama, que se compone de las dos ciudades de Buda y Pesth, separadas por el vasto curso del Danubio. Despues de desembarcar en la ribera de Pesth, no sin algun trabajo, á causa de los innumerables bateles y de la turbulenta é importuna muchedumbre que embarazaba las inmediaciones del malecon, recompensamos á nuestro piloto, quien nos saludó á todos, y por esta vez muy oportunamente, con su favorita espresion francesa: *Adieu, mon bon ami*. Al mismo tiempo recibimos humildes gracias de las pobres cantoras, cuyo repertorio, que nosotros habiamos agotado, iba ahora á deleitar los oídos húngaros; y al momento nos dirigimos al interior de la ciudad siguiendo un magnífico malecon, en donde se alzan alineados muchos palacios dignos de una capital grande y opulenta. A poco rato estábamos reunidos con M. Demidoff, quien habia llegado algunas horas antes.”

El relato de ese primer viaje fué tal, que fácil-